

«...ED INTANTO I GIRONESI RESISTONO CON VIGORE»¹. LOS ITALIANOS Y LOS ASEDIOS DE GIRONA

VITTORIO SCOTTI DOUGLAS

Universidad de Trieste

Mi texto está organizado en una muy breve premisa terminológica y tres apartados, el primero para dar cuenta de las fuentes empleadas, el segundo para ver cómo las mismas relataron los distintos momentos del sitio de Girona, con una subdivisión entre las dos tentativas de junio y agosto 1808 y el sitio y bloqueo que terminaron con la capitulación en diciembre de 1809, y finalmente el tercero, en el cual intentaré ofrecer mis conclusiones sobre el tipo de visión y las impresiones que el lector italiano de mediados del diecinueve por un lado, y de comienzos del veintiuno por otro, habría podido o puede sacar de aquellas páginas.

PREMISA

Cuando –a propósito de la Guerra de la Independencia– se habla en general de italianos bajo bandera imperial, cabe siempre premitir una advertencia importante, a saber que en la época se llamaban así sólo los naturales del reino de Italia, una entidad estatal con superficie de 84.000 kilómetros cuadrados y una población de casi 6.500.000 ánimas. Dividida, a la moda francesa, en

¹ Los departamentos eran: Adda, Adige, Adriatico, Agogna, Alto Adige, Alto Po, Bacchiglione, Basso Po, Brenta, Crostolo, Lario, Mella, Metauro, Mincio, Musone, Olona, Panaro, Passariano, Piave, Reno, Rubicone, Serio, Tagliamento, Tronto. A 7 de noviembre de 1810 la población del Reino era de 6.473.888 habitantes (Archivio di Stato di Milano (en adelante ASM), Ministero della Guerra (en adelante MG), cartella (en adelante cart.) 796.

24 departamentos (en 1810), había Milán como ciudad capital y Eugenio de Beauharnais como Virrey (el rey era, naturalmente, Napoleón)². Su ejército llegó a tener, en el máximo de su expansión (1812), una fuerza de 63.000 hombres y nueve mil caballos, de los cuales poco más de 30.000 fueron empleados en España³. Pero hubieron también los Napolitanos, no menos de nueve mil en España, cuyas unidades fueron casi siempre –aunque manteniendo sus cuadros y oficiales– agregadas a las del Reino de Italia.

Otros soldados, y no pocos, que hoy diríamos Italianos de pleno derecho, no aparecen como tales en las crónicas ni en las memorias del tiempo, pues salían de las regiones italianas, como Liguria, Piamonte, Toscana, directamente anexionadas al Imperio Francés y también divididas en departamentos. En algunos casos, pero no siempre, estos militares habían sido incorporados en la misma unidad, y así sabemos por ejemplo que los soldados del 113^o (ciento decimotercero) regimiento de línea francés eran todos toscanos y todos genoveses los del 32^o (trigésimo segundo) ligero.

Y para completar el cuadro de la presencia italiana durante el conflicto, habían naturales de la península italiana bajo bandera española, y hubieron otros que pelearon –siempre en el bando hispano-británico– bajo bandera inglesa.

Resumiendo, en mi ponencia emplearé el término *italiano* para identificar a un militar integrante sea los cuerpos del Reino de Italia, sea también los del de Nápoles, ya que, en particular durante los tres momentos del sitio de Gerona, ellos obraron juntos.

LAS FUENTES

Creo importante subrayar que todas las fuentes empleadas por mí –italianas, por supuesto– son de militares que participaron en los hechos y fueron así testigos presenciales, que no significa obviamente fidedignos, pero que nos permite ver los mismos hechos a través de diferentes perspectivas y escuchar narraciones con distintos matices.

² El Ministerio de la Guerra de Milán (ASM, MG, cart. 377), hizo un recuento de 60.570 soldados y 2.550 oficiales al 1^o de febrero de 1812.

³ Cfr. nota 1.

Reservando más adelante un espacio especial a Gabriele Pepe, cuyos papeles inéditos sobre su experiencia bélica en Cataluña acaban de ser publicados⁴, diré ahora que a mi parecer la fuente mejor, por ser la que más se detiene sobre nuestros asuntos, por ser obra de un oficial de ingenieros y por haber sido publicada muy cerca de los hechos narrados, a saber en 1823, son los tres volúmenes, acompañados por un espléndido atlas, del capitán de ingenieros, más tarde mayor, Camillo Vacani⁵.

El estudio de Vacani proporciona en realidad más de lo que el título promete (*Historia de las campañas y de los sitios de los Italianos en España de 1808 hasta 1813*), ya que se trata, en efecto, de una historia de la guerra antinapoleónica en España y no sólo de la narración de las bizarrías de los militares italianos. La obra empieza con una larga introducción da casi trescientas páginas para informar al lector sobre España, desde la prehistoria hasta el presente, con particular atención otorgada a los años que van del reinado de Carlos III hasta la invasión francesa del Portugal.

Cuando inicia la guerra, Vacani presenta el teatro de la misma, o por lo menos la región en donde tendrán que actuar las tropas que él llama «italianas», o sea, como acabo de decir, las del Reino de Italia. Cabe aquí recordar que una de las críticas más contundentes dirigidas a Vacani en una famosa reseña del general Pietro Colletta publicada en 1826 en la revista florentina *Antologia* fue justamente de haber considerado «milicias italianas sólo las del pasado Reino de Italia»⁶, olvidando las que salían de otras regiones y luchaban bajo diferentes y distintas banderas.

⁴ Camillo Vacani (Milán 1784-Ídem 1862). Llegó (1839) al grado de mayor general del ejército austriaco. Su fama y prestigio internacional son debidos a la publicación de la *Storia delle campagne e degli assedi degli Italiani in Spagna dal MDCCCVIII al MDCCCXIII*, 3 voll. y un atlas, Milano, Imperial Regia Stamperia, 1823, otra edición, de la cual se cita, 3 vols. Milano, Pagnoni, 1845. Cfr. ASM, MG, cart. 439.

⁵ Pietro Colletta, *Osservazioni, aggiunte, schiarimenti, emende e considerazioni storico-militari all'opera del sig. cav. Maggior Vacani*, en «Antologia», n. 69, septiembre de 1826. La reseña fue después publicada en Pietro Colletta, *Opere inedite e rare*, 2 voll., Napoli, Stamperia nazionale, 1861, de donde cito, I, pp. 285-340, p. 288. Aquí y en las próximas notas –sí no hay indicación contraria– la traducción es mía.

⁶ Vacani, *Storia*, I, p. 294.

La región, naturalmente, es Cataluña, y se le dedican unas veinte páginas en las cuales se ofrece una precisa y detallada descripción del territorio catalán, con particular atención a la orografía y a la hidrografía, como se puede esperar de un oficial de ingenieros. Así se nos dice que los mapas existentes son antiguos e imprecisos, los caminos difíciles y escasamente utilizables por la artillería, raros los puentes sobre ríos y torrentes.

Vacani dedica también unas páginas a la descripción del carácter de los catalanes, siempre amantes de la libertad y prestos a luchar por ella, y dice –extendiendo otrosí a todos los Españoles su valoración– «un pueblo soldado es un pueblo generoso y leal»⁷, que no cuida de las asechanzas tendidas por un corrupto colindante, pero cuando descubre el engaño enfurece y banquetea en medio de la sangre del ofensor.

Cuando habla de las diferentes plazas que las tropas imperiales encuentran en su camino hacia Barcelona, el oficial de ingenieros está particularmente atento al estado de las fortificaciones, y nota –llegando a Girona– como «sus murallas desamparadas atestigüen su decadencia», y como nadie en aquel entonces habría podido imaginarse deber Girona cubrirse de gloria resistiendo a repetidos vigorosos ataques «en contra de aquel mismo ejército al cual ofrecía una mano generosa a su entrada en las Españas y le brindaba expresiones de estima y de alianza»⁸.

La segunda fuente italiana de que me valdré es la larga obra del militar toscano de origen lorenés Cesare De Laugier, *Fasti e vicende dei popoli italiani dal 1801 al 1815* (Fastos y acontecimientos de los pueblos italianos de 1801 hasta 1815)⁹, publicada entre 1828 y 1839, trece volúmenes sobre los quince años mencionados en el título o, como mejor explica el subtítulo, *Memorias de un oficial para servir a la historia militar italiana*.

⁷ *Ivi*, p. 297.

⁸ Cesare De Laugier, *Fasti e vicende dei popoli italiani dal 1801 al 1815, o Memorie di un'uffiziale per servire alla storia militare italiana*, 13 vols., Italia (pero Florencia), s.e., 1828-1839.

⁹ Vittorio Scotti Douglas, *El conde Cesare de Laugier, un olvidado cronista de los italianos en la Guerra de la Independencia*, en *Actas del I Encuentro Internacional sobre la Guerra de la Independencia (Oviedo, 19-21 de Abril 2006)*, en «El Basilisco», 2006, n. 38, pp. 31-40. Para detalles y precisiones sobre De Laugier y su obra, con bibliografía completa etc., me permito remitir al arriba citado artículo.

Como ya he mencionado en otra ocasión¹⁰, De Laugier con sólo dieciocho años se alistó voluntario en un cuerpo de elite del Reino de Italia, el regimiento de los Veliti Reali¹¹, y vino con él a Cataluña, llegando a Barcelona el 13 de febrero de 1808. El militar toscano salió de España a fines de septiembre de 1809, entonces no participó en las últimas fases del sitio, que nos cuenta, pues, basándose en relatos de colegas y en las obras sobre guerra que entretanto se habían publicado en Francia y en Italia: primeramente la de Vacani, después el *Journal* del mariscal Gouvion-Saint-Cyr y los *Mémoires* del coronel Laffaille, otro ingeniero presente en Girona.¹² A este propósito es oportuno recordar que De Laugier no siempre es honesto en citar su fuente, sobre todo cuando, de hecho, emplea la narración de Vacani, de Laffaille o de otros simplemente parafraseándola y poniéndola en un estilo más llano y deslizador.¹³

De Laugier salió de Italia como soldado raso, fue promovido caporal en noviembre de 1808 y sargento en julio de 1809. Entonces su mundo es muy diferente del de Vacani, pues la visión de un soldado o la de un suboficial, está limitada dentro del restringido ámbito de su compañía, o como máximo de su batallón: ya el regimiento es un universo casi desconocido. Los problemas por resolver son los más inmediatos y urgentes: el hambre abrumadora siempre presente en los relatos de la guerra, y la supervivencia a los asaltos sangrientos de miqueletes y somatenes, que no respetaban las leyes de la

¹⁰ Los Veliti, como las Guardias de honor, habían sido creadas por el mismo Napoleón el 20 de junio de 1805, para servir «cerca de la persona del rey». Después de un servicio de dos años los jóvenes entrarían en los batallones y regimientos del ejército, con la graduación de sargento. Cfr. el texto impreso del decreto de creación en ASM, MG, cart. 713. Cfr. Alessandro Zanoli, *Sulla milizia cisalpino-italiana. Cenni storico-statistici dal 1796 al 1814*, 2 voll., Milano, Borroni e Scotti, 1845, I, pp. 14-15, 177. Véase también Piero Crociani, Virgilio Ilari, Ciro Paoletti, *Storia militare del Regno Italico (1802-1814)*, 2 voll. en tres tomos, Roma, USSME, 2003, I, 2, pp. 541-544.

¹¹ Laurent Gouvion de Saint Cyr, *Journal des opérations de l'armée de Catalogne (1808-1809)*, Paris, Anselin et Pochard, 1809, rarísima primera edición; segunda, Paris, mismo editor, 1821, con un atlas; y finalmente la tercera Paris, Dumaine, 1865. Gabriel Laffaille, *Mémoires sur les campagnes de Catalogne de 1808 à 1814, avec une carte de Catalogne et un plan des environs de Barcelone*, Paris, Anselin et Pochard, 1826.

¹² Cfr. por ejemplo De Laugier, *Fasti*, VI, p. 147 y Laffaille, *Mémoires*, p. 63.

¹³ Guillermo Minali en su *Historia militar de Gerona, que comprende particularmente los dos sitios de 1808 y 1809*, Gerona, Figaró, 1840, dice (p. 31) que los hombres del regimiento de Ultonia eran 350. Para el episodio del 20 de junio véanse las páginas 30-38.

guerra y con su crueldad y maltrato a los prisioneros eran considerados fomento de represalias, robos, violencias y saqueos contra la población.

Mientras el estilo de Vacani es refinado y culto, la lengua de De Laugier es lamentable, y no sólo por afear el idioma con galicismos, cuanto por ser, como afirma el historiador Raffaele Ciampini «completamente iliterato, aunque haya pasado gran arte de su vida escribiendo»¹⁴. Pero el mismo De Laugier tiene una vivacidad e inmediatez de narración que hace mucho más agradable su lectura y que nos lleva dentro de la acción como si fuéramos presentes en el campo de batalla. Otro mérito que se le adscribe, contrariamente a la acusación en contra de Vacani de hablar sólo de los militares del Reino de Italia, es él de mencionar siempre las tropas de las diferentes regiones de Italia, aunque peleen bajo bandera francesa, providenciándonos así preciosas informaciones sobre estos militares casi perdidos y frecuentemente olvidados.

El tercer actor de mi pequeña representación es el capitán Gabriele Pepe. Natural de Civitacampomariano, pequeña aldea cerca de la ciudad de Campobasso, capital de la región Molise (que está al nordeste de Nápoles y al sureste de Roma), después de haber participado –en el bando de la República Partenopea– a la guerra de 1799, fue exilado a Francia, de donde volvió con las tropas francesas el año después. Vino a España (mejor dicho, a Cataluña), a comienzos de 1808, y participó en los combates, incluso el sitio de Girona, hasta febrero de 1811, cuando volvió a Italia. Ya he hablado en muchas ocasiones de él, de sus papeles hasta ahora inéditos y del grande interés que tienen para nosotros los historiadores del conflicto antinapoleónico, y aunque Pepe no haya podido detenerse mucho sobre Girona, pues fue herido en el asalto a Montjuïc del 8 de julio de 1809 y después cayó enfermo y no volvió al campo al inicio de noviembre, me parece que sus observaciones respecto a la ciudad y a la pelea para conquistarla merezcan la pena de ser recordadas hoy aquí, doscientos años después de haber sido escritas.

Diversamente de los otros testimonios, Pepe redacta sus impresiones en el calor de la acción, según su punto de vista y su propio campo visual. Las líneas sobre Girona no son muchas, pero de grande interés, ya que permiten al autor consideraciones más generales sobre la conducta de la guerra por

¹⁴ Cfr. Laffaille, *Mémoires*, 41-54.

parte de las altas graduaciones, y sobre las faltas que las mismas cometen por obstinarse en perseguir un plano erróneo, pero del cual se han encaprichado.

EL SITIO VISTO POR LAS FUENTES ITALIANAS

Las dos primeras tentativas

¿Cómo se presentaba la ciudad a la vista de los imperiales la mañana del 20 de junio de 1808? Hemos escuchado poco antes la opinión muy general de Vacani, que la precisó todavía más al momento de la llegada de los generales Duhesme y Lechi, observando que la plaza tenía sus fuertes y murallas abandonadas a las vicisitudes ruinosas del tiempo y que casi nulo era su armamento, pero que a pesar de esto el reducido presidio de 300 soldados del regimiento de Ultonia y la población se habían preparado para enfrentar a una sorpresa y rechazar un asalto.¹⁵ Duhesme, sin entender las objeciones no sólo de Lechi, sino también de experimentados oficiales de ingenieros como Laffaille y Grassi, que se habían encargado de explorar el terreno,¹⁶ en la noche del 20 al 21 lanzó dos columnas de granaderos y *voltigeurs* italianos al ataque del Mercadal contra los baluartes de Santa Clara y de San Francisco de Paula. Arrimadas a las murallas las pocas escaleras suficientemente largas (muchas eran demasiado cortas) los asaltantes intentaron subir y conquistar al parapeto, pero los pocos que lo consiguieron fueron todos arrojados al foso, habiendo muchas bajas.

Vacani habla de cerca de trescientos muertos y heridos como resultado de un asalto «que se debía según cualquier prudente aviso» diferir hasta haber recogido más medios para garantizar el éxito, y continúa diciendo: «Entonces Girona se salvó no sólo por el valor de quien la defendió cuanto también por la falta de medios de quien la atacó.»¹⁷ En efecto, Duhesme no esperó la vuelta de algunos parlamentarios enviados una vez más a pedir la rendición de la plaza, y volvió a Barcelona con todas sus tropas.

¹⁵ *Ivi*, II, p. 1111. Carta al hermano Raffaele desde Gaeta, fechada 28 de enero de 1812.

¹⁶ *Ivi*, II, pp. 915-937. El asalto del 20 de junio está relatado a las páginas 921-922.

¹⁷ Vacani, *Storia*, I, p. 423.

De Laugier, después haber ofrecido una larga descripción de la ciudad y de sus fuertes, nos brinda una narración de los hechos sustancialmente igual a la de Vacani, sólo aumentando las bajas y precisando –con amplias citas textuales entrecomilladas– las pesadas objeciones de Lechi a la expedición, de un lado, y a la demasíadamente rápida y precipitada retirada, por otro.

Pepe dedica al hecho algunas pocas líneas, no obstante muy interesantes por dos distintas razones; por un lado cuando recuerda como «en el camino entre Mataró y Girona tuvimos que luchar sin parar con los vecinos de las comarcas y de todos los pueblos de la costa»¹⁸, por el otro, en la medida en que se confirma la gravedad de las bajas, ya que él dice que el Primer Batallón Napolitano, único de los dos presentes empeñado en la refriega, tuvo 17 muertos y otros tantos heridos, sobre un completo teórico de 941 hombres y 33 oficiales. Mayores informaciones, con muchos preciosos detalles, se encuentran en el *Rapporto Aquino* (Informe Aquino), un parte que Pepe escribió por cuenta de su jefe de batallón, el mayor Aquino, del cual él no tenía una gran consideración, pues en una carta a su hermano le llamó de *minus habens*.¹⁹ También este informe inédito ha sido publicado en los volúmenes arriba mencionados.²⁰

La segunda tentativa contra la ciudad tuvo lugar a partir del 22 de julio, cuando Duhesme llegó otra vez en vista de Girona, ahora con un imponente tren de artillería y dos cuerpos de tropas francesas: la división Chabran, mandada por Duhesme, al oeste, y la división Reille al este. Con Chabran estaban también un batallón napolitano, otro del 5º Regimiento Italiano, toda la caballería napolitana y casi todos los artilleros italianos con el tren de sitio. Las dos unidades estaban en el llano divididas por el río Ter y sólo conectadas mediante un débil puente sobre el mismo. Los franceses dejaban, de esta manera, totalmente libre el lado de la ciudad hacia la sierra y, más allá, el mar, permitiendo así a las fuertes y numerosas partidas que operaban en estos lugares de obrar en socorro de Girona. Por otro lado la ciudad estaba mejor armada, organizada y fortificada que al tiempo del primer asalto, mientras que los franceses, no queriendo ni uno ni otro abandonar su línea de operación sobre Barcelona (Chabran) o sobre Figueres (Reille),

¹⁸ Scotti Douglas, *De Molise a Cataluña*, II, p. 589.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Vacani, *Storia*, II, pp. 188-189.

como dice Vacani, «formaron dos campos y dos ataques, y se mantuvieron diametralmente separados en el sitio de la plaza».²¹ La división Reille ganó algunos puntos importantes, como la torre Luisa y la torre Narcisa, pero los defensores aumentaron el presidio en Montjuïc, y prepararon una salida contra los dos campos. Encontraron una ayuda inesperada en una violenta crecida que el 15 de agosto (con involuntario humorismo, pues la fecha era el cumpleaños del Emperador) se llevó el puente, dejando los dos cuerpos aislados, y permitiendo así que Reille fuera atacado por los defensores, de un lado, y por las partidas de Clarós, Milans y otros, del otro, y obligado a retirarse hacia Figueres abandonando toda la herramienta del sitio. Duhesme, con Chabran, no tuvo otro remedio que quemar los carruajes, enterrar los cañones y retirarse a Barcelona, abandonando otrosí, durante el camino, todo el equipaje pesado y la artillería de campaña. Esto nos dice en tono neutral e incisivo la historia de Vacani.

Las mismas noticias, con añadidos otros comentarios sobre las hazañas de los italianos durante este período, nos proporciona De Laugier, comentarios preciosos que ilustran la actividad incesante y peligrosa de escolta a los convoyes de Gerona a Barcelona o a Perpiñán, para acompañar enfermos, heridos y prisioneros y llevar de vuelta artillería, municiones, refuerzos.

Nada sabemos de Pepe sobre esta tentativa, y la cosa se explica, ya que el 2º Batallón Napolitano se había quedado de guarnición en Barcelona, al mando del general Lechi, con otros pocos soldados italianos. En efecto las notas del capitán napolitano en estos días subrayan, sobre todo, el total aislamiento en que se encuentra la bloqueada Ciudad Condal. El 3 de agosto dice: «Mientras tanto, seguimos a oscuras de todo. No tenemos ninguna noticia del exterior, del general Duhesme y de lo que se hace en el sitio de Girona. Parece que para nosotros desapareció el orbe entero»;²² y continúa el 15: «Mientras tanto, seguimos sin tener ninguna noticia ni de Europa, ni del resto de España, ni del general Duhesme. Nos parecemos a una colonia

²¹ *Ivi*, pp. 181-182.

²² Sin hablar de toda la bibliografía antigua sobre el sitio, véase ahora, a propósito de la organización de las mujeres, el ensayo de Elena Fernández García, *Las mujeres en los sitios de Girona: la «Compañía de Santa Bárbara»*, en Irene Castells, Gloria Espigado, María Cruz Romeo (coords.), *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 105-128.

de criminales trasladados a una isla desierta de mares desconocidos.»²³ Me parece una descripción que reproduce de manera eficaz e inmediata la situación de los cercados en Barcelona.

El sitio, el bloqueo y la capitulación

En mayo de 1809 los franceses emprendieron una vez más los preparativos para poner el sitio a Girona. Según dice Vacani, a comienzos de mayo las fuerzas al mando de Verdier montaban a unos quince mil soldados, entre infantería, caballería y artillería,²⁴ a los cuales hay que añadir unos cuatro mil italianos mandados por Lechi y, poco después, el ejército mandado por Gouvion-Saint-Cyr que se mantuvo en posición protectora entre Sant Feliu en la costa, Santa Coloma y Anglès en el interior.²⁵ Recordamos que el 113º regimiento de línea francés era formado por toscanos, el 32º ligero por genoveses, el 28º de cazadores también por toscanos, a los cuales hay que añadir el 2º regimiento de caballería napolitana.

Pero también la situación de la ciudad había cambiado, ya que ahora la guarnición era de cuatro mil soldados, más algunas compañías de miqueletes y voluntarios de Cataluña, al mando de Mariano Álvarez de Castro «el mismo valiente capitán y firme ciudadano» ya conocido por su conducta al tiempo de la cesión a los franceses del Montjuïc barcelonés. Los ciudadanos, además, cerca de catorce mil, no sólo no habían abandonado la ciudad, sino se habían empeñado a morir antes que rendirse, y se habían organizado en la *Cruzada gerundense*, forma de milicia cívica con fuerte contenido religioso, dentro de la cual se formó también la Compañía de Santa Bárbara, cuyos integrantes eran sólo mujeres.²⁶

Vacani brinda después una extensa descripción de Girona, de su historia desde la época de los fenicios, con detallada presentación de los

²³ Vacani, *Storia*, II, pp. 191-198.

²⁴ *Ivi*, p. 210.

²⁵ *Ivi*, pp. 181-182.

²⁶ Sin hablar de toda la bibliografía antigua sobre el sitio, véase ahora, a propósito de la organización de las mujeres, el ensayo de Elena Fernández García, *Las mujeres en los sitios de Girona: la «Compañía de Santa Bárbara»*, en Irene Castells, Gloria Espigado, María Cruz Romeo (coords.), *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 105-128.

diferentes fuertes, torres y baluartes, minucioso relato de los distintos precedentes sitios, como era de esperar de un especialista.²⁷ Y siempre como especialista Vacani ofrece su opinión sobre la mejor manera posible, por lo menos en teoría, de organizar el sitio: su sugerencia era de asaltar el Mercadal.

Como se sabe Verdier prefirió un ataque al Montjuïc unido a un falso ataque –como diversión– hecho por los italianos del lado de Santa Eugenia. Entretanto, se emprendió la erección de muchas baterías, cuya lista Vacani apunta con extrema precisión, detallando número, tipo y calibre de los cañones, obuseros y morteros empleados.

La compleción de las baterías, el inicio del bombardeo, y el falso ataque se dieron en la noche entre el 13 y el 14 de junio, mientras que la noche siguiente los franceses tomaron Pedret.

Así Vacani continúa, con la narración de la primera salida de los sitiados el día 17, y de su buen éxito, unido a la gran sorpresa y maravilla de los sitiadores, que perdieron ciento ochenta hombres; de la toma entre el 19 y el 21 de las torres Luisa, Daniela y Narcisa y de la equivocación de Verdier acerca de la facilidad –caídas las torres– de apoderarse de Montjuïc.

Relata otrosí como Saint-Cyr tuviera otra idea, más acertada y conveniente, a saber la de atacar con muchas fuerzas al Mercadal, y comenta los perjuicios causados por la división del mando, diciendo por fin que «hizo falta ocurrir muchos desastres para convencer al más débil a acudir a la ayuda del más fuerte, y para que éste aceptara la ya hecha y recusada propuesta de dividir col primero los peligros y las honras del sitio».²⁸

No es éste el lugar para detallar la narración de Vacani de los acontecimientos del sitio hasta la capitulación, ni siquiera para un resumen: pero basta decir que –aunque él otorgue a los italianos un lugar preferente en su cuento– el relato de los hechos es completo y con frecuencia alaba a los heroicos defensores.

No obstante, lo que acabo de decir merece algún espacio la tentativa de toma del Montjuïc, con el ataque a la brecha del 8 de julio, rechazado con muchas bajas, y esto por una razón que se hará evidente más adelante.

²⁷ Vacani, *Storia*, II, pp. 191-198.

²⁸ *Ivi*, p. 210.

Como se sabe, la fortaleza fue abandonada por los sitiados el 11 de agosto, después de ochenta días de trinchera abierta, dos asaltos rechazados y la destrucción o inutilización con clavos de todos los cañones.

De grande interés también es la descripción por Vacani de la exitosa expedición de socorro a Girona liderada por Blake y García Conde, sin ahorrar apreciaciones al mérito del general español, capaz de repetir en daño de un francés el mismo estratagema empleado por otro francés, el conde de Fiennes, en 1712. Sobre esta expedición tiene un grande interés –además del relato de Pepe fechado en Perpiñán el 4 de septiembre–²⁹ el ya citado Informe Aquino,³⁰ pues desmonta por completo, demostrando sus contradicciones y falsedad, las acusaciones contra la conducta de las tropas italianas que en sus memorias movió el general francés Gouvion-Saint-Cyr³¹ para justificarse *a posteriori* del haber caído en la trampa armada por Blake. También De Laugier, testimonio de los hechos, ofrece con su versión y con algunos documentos que publica la prueba del error en que incurrió el general francés.³²

El 20 de septiembre el sitio tuvo que transformarse en bloqueo, después del grande asalto sobre tres columnas con 3.200 soldados, rechazado el día anterior con muchas bajas (Vacani dice cerca de setecientos, y entre ellos 32 oficiales). Una vez más es interesante la contundente crítica de Pepe al conocer la noticia del bloqueo: «¡Qué vergüenza [...] para las armas francesas! Flesinga resistió tan sólo cinco días; Girona resiste desde hace cinco meses.»³³ Hubo la toma de Hostalric (pero no de su fuerte) el 7 de noviembre, y finalmente en la noche del 2 al 3 de diciembre 600 hombres del 1º y 2º regimiento ligero italiano tomaron el caserío extramuros de la puerta del Carmen, entre el 6 y el 7 se apoderaron del reducto de la Ciudad, y luego después de los del Cabildo y del Calvario, totalmente interceptando de esta

²⁹ Scotti Douglas, *De Molise a Cataluña*, II, pp. 690-691.

³⁰ *Ivi*, pp. 933-934. La versión de Pepe, como la de Vacani, *Storia*, II, pp. 268-279, rinde justicia a la astuta maniobra de Blake.

³¹ Saint-Cyr, *Journal*, pp. 241-260.

³² De Laugier, *Fasti*, VIII, pp. 111-123.

³³ Scotti Douglas, *De Molise a Cataluña*, II, p. 755. Se trata de la nota redactada en 1812 en Gaeta, cuando Pepe intentaba reconstruir la parte perdida de su diario *Galimatías*. El importante puerto militar de Flesinga (Vlissingen) en la isla holandesa de Walcheren, fue cañoneado y ocupado por los ingleses en agosto de 1809 después de una corta resistencia.

manera la comunicación con la plaza de los tres fuertes: Condestable, Reina Ana y Capuchinos.

El final es bien conocido: la honrosa capitulación del 10 de diciembre, pocas horas después de haber Don Mariano Álvarez renunciado al mando en manos del *brigadier* Don Julián de Bolívar.

El cuento de De Laugier es, como siempre, mucho más romántico, pero lleno de detalles minuciosos sobre las frecuentemente olvidadas acciones de los italianos, y ya sabemos que para él son italianos todos los naturales de la Península. Pero es necesario subrayar como él –en su afán de contrastar a las casi siempre chovinistas afirmaciones de los historiadores franceses– cae con tanta frecuencia en la misma deriva, lo que afecta naturalmente por un lado la viabilidad histórica de sus afirmaciones y, por otro, la calidad de la narración, pues es fácil cansarse de repetidas acciones heroicas contadas con mucha énfasis en las cuales las hazañas de los italianos son siempre de tal envergadura que el lector moderno e imparcial es llevado más hacia la incredulidad y el escepticismo que al entusiasmo y a la admiración. Hay también que añadir como –con la excepción de los más encarnizados aficionados de los mínimos detalles de la historia militar– un lector, por más interesado que sea, no pueda leer seguidamente siete u ocho descripciones de escolta a un convoy sin un sentido de aburrimiento, pues como es evidente se trata de misiones fundamentales para la sobrevivencia de una guarnición o de un cuerpo de armada en campaña, pero siempre iguales a sí mismas, conduciendo fatalmente a la falta de interés de quién esté leyendo.

De Laugier también, que estaba presente y era caporal, cuenta en detalles el asalto del 8 de julio con su columna, toda de italianos, después de haber sido rechazadas con fuertes bajas las primeras dos, de alemanes y franceses.

Me he concentrado en el 8 de julio, pues es el día en que Gabriele Pepe fue herido, y nos cuenta detenidamente la preparación del ataque, con pocas pinceladas escritas respectivamente a las dos de la tarde («todas la compañías de los Granaderos y de los *Voltigeurs* [...] han recibido la orden de reunirse [...] Yo creo que la operación de asalto del fuerte se llevará a cabo esta noche»,³⁴ y a las cuatro, cuando a los hechos se mezcla un poco

³⁴ *Ivi*, p. 684.

de reflexión fatalista: «El general Zenardi [...] nos ha hecho un discurso, instándonos a señalar el nombre y el honor de las tropas napolitanas [...]. ¡Quién sabe cuántos de nosotros a esa misma hora mañana habrán pasado a otro orden de cosas! ¡Quién sabe...! [...] La inquietud que siento no es por mí sino por mi hermano, que también debe venir, pues pertenece a los *Voltigeurs*.»³⁵

Pepe nos hablará de este asalto tres veces más: en agosto de 1809, desde Perpiñán, en donde estaba recuperándose de la herida, en febrero de 1812 en una nota redactada en Gaeta,³⁶ y en la *Carta al Comendador*, un escrito inédito de 1842 con muchos recuerdos de España, que también se encuentra en los volúmenes ahora publicados. En agosto la narración es larga, detallada y dramática: parece ver los soldados que suben las escalas puestas en la brecha y que, después de una pelea encarnizada y furibunda, son obligados a retirarse frente a la resistencia de los sitiados. Pero aquí también la preocupación principal de Pepe, ya herido, es buscar al hermano Francisco y por esto se queda sobre el bastión, a riesgo de tocar otra herida, hasta que los compañeros le fuerzan a retirarse. Y sólo cuando, después de la retirada en Sarriá, llega finalmente a encontrarlo, puede salir de la preocupación y de la angustia que hasta aquel momento lo han oprimido.³⁷

Pepe, por ser herido, 'no fue presente a la entrada de las tropas en el fuerte del Montjuïc, de la cual tenemos una bonita descripción en De Laugier, que citaré brevemente:

«La mayor escualidez reinaba en aquel derrumbado lugar. Cadáveres insepultos, miembros mutilados, terreno en toda parte surcado de fisuras, de fosas, [...] apenas dejaban creer que la defensa hubiera sido tan alargada. [...] Así después de dos inútiles asaltos [...] sólo cuando estaba casi reducido en polvo, cayó este fuerte en nuestras manos, monumento terrible del valor de una nación determinada a morir antes que ceder al vergonzoso yugo extranjero.»³⁸

³⁵ *Ivi*, p. 685.

³⁶ Cfr. nota 32.

³⁷ Scotti Douglas, *De Molise a Cataluña*, II, pp. 685-689.

³⁸ De Laugier, *Fasti*, VIII, p. 91.

CONCLUSIONES

La primera cosa que quiero decir en estas conclusiones es que las fuentes italianas que he citado, y sobre todo el Vacani y los inéditos de Pepe –cotejadas con las españolas no sólo contemporáneas, sino también de testimonios presenciales del otro lado– nos muestran una singular concordancia en los aspectos esenciales, a saber en la descripción de las acciones militares y hasta en el recuento de las bajas –cosa casi increíble considerando que generalmente siempre se atribuyen números muy altos a las del enemigo y se rebajan las propias–. Véase por ejemplo el caso del primer asalto a Montjuïc: Vacani y De Laugier dicen que los sitiadores tuvieron 1.500 bajas entre muertos y heridos, y doscientos los sitiados. Las noticias de Pepe –escritas un mes y medio después de los hechos– son aún más minuciosas, y con una interesante glosa, que merece la citación textual:

«Nuestra bajas fueron considerables. Según el informe redactado por el Estado Mayor del sitio, ascendieron a 1091 combatientes entre muertos y heridos; y *al ser éste el número que se hizo aparecer para una operación fracasada, es muy probable que fuera mucho mayor.*³⁹»

Minali, que considero el más fehaciente de los españoles, habla de más de mil hombres para los Imperiales y de 155 para los sitiados.

No están así las cosas con las fuentes francesas, que tradicionalmente siempre aumentan las bajas enemigas y rebajan las propias, aunque también algunos escritores españoles, como el padre Cúndaro, sean un poco exagerados en sus valoraciones (Cúndaro habla de 3.000 bajas Imperiales).

Esto quiere decir, me parece, que estas fuentes italianas se pueden considerar razonablemente verdaderas y que su empleo –hasta ahora casi ignorado por los historiadores de la Guerra de la Independencia–, puede ser por lo contrario muy útil, sobre todo si se cotejan con las francesas, de un lado, y con las españolas, del otro.

³⁹ Scotti Douglas, *De Molise a Cataluña*, II, p. 687. Cursiva mía. Detallando las bajas de su regimiento Pepe nos dice que solas las compañías selectas perdieron 71 soldados entre muertos y heridos. El Informe Aquino nos brinda substancialmente las mismas informaciones.

Viniendo ahora a la visión brindada por estas obras (con la obvia excepción de los inéditos de Pepe) al lector italiano del segundo tercio del siglo XIX, es importante subrayar que España era considerada, en la Italia de la Restauración, sobre dos aspectos en conflicto entre sí. Por un lado, los italianos patriotas, los jóvenes, los ancianos militares de los ejércitos napoleónicos, veían España como un modelo, un ejemplo y un sueño: un país que había luchado con sus propias fuerzas, con todas sus fuerzas, militares y paisanos, poderosos (aunque pocos) y pueblo llano, campesinos, curas, estudiantes, contra el más fuerte ejército del mundo; un país que había hecho una revolución y se había dado una Constitución modélica, que limitaba fuertemente el poder del soberano; un País, en fin, que había enseñado a los pueblos oprimidos y cuyo territorio estaba en manos extranjeras un sistema de lucha para la independencia como la guerrilla, que no necesitaba de ejércitos ni de generales, sino sólo de hombres valientes, perfectos conocedores del terreno y de pocas armas simples, como navajas y escopetas.

Para los italianos de bien, los aficionados del antiguo régimen, los seguidores de los diferentes y restaurados soberanos, para la vigilante policía austriaca, España era un peligro, sus embajadores agentes de propaganda subversiva, la Constitución de 1812 un monstruo jurídico y casi una blasfemia política, en suma –si se puede emplear una expresión que se inventará en 1848– para ellos España era «un espectro que se cierne sobre Europa», y como tal hacía falta combatirla, acabar con su gobierno constitucional y persuadir a los pueblos de Europa que vivían en el mejor de los mundos posibles, siendo fieles súbditos de los monarcas y seguidores de las jerarquías eclesiásticas.

Estos libros, entonces, con su continua exaltación del amor por la patria, que a veces conducía a cometer crímenes horribles pero por esto considerados excusables, exaltación de la unión de todo el pueblo contra un invasor u ocupante extranjero, de la lucha por la libertad y la independencia, fueron importantes difusores de las ideas de patriotismo y nacionalidad. Y no será casual que en muchos de los escritos de los patriotas italianos de la época, sobre todo en los del bando más «exaltado» (empleo aquí la terminología del trienio liberal español), se haga continua referencia a España, a su lucha contra el invasor y a la guerrilla, vista como sistema ideal y de hecho único para poder conquistar libertad e independencia. No será también casual que el entusiasmo y la afición hacia España y todo lo que ella representa desaparezca prácticamente del todo después de 1848, cuando

las esperanzas de la gran mayoría de los patriotas se apuntaron a la solución moderado-monárquica de los Saboyas, mientras que el modelo representado por la Constitución de Cádiz ya había perdido su vigencia después de 1830, con la nueva Constitución francesa y sobre todo con la de Bélgica de 1831.

Hoy, despojado el lector de prejuicios chovinistas y más adicto a una narración histórica que tome en cuenta las diferentes visiones que del mismo acontecimiento han ofrecido a la época los distintos contrincantes en el conflicto, estas antiguas páginas de nuestras historias comunes, juntas con los documentos contemporáneos todavía preservados en los archivos, son precisamente los cimientos en los que se asientan las consideraciones y reflexiones de los historiadores.

Esto permitirá al lector italiano hodierno, que no suele ser especialmente versado en la historia de España o sobre España en general, descubrir la Guerra de la Independencia en su terrible evidencia de primera guerra total y también –en buena parte– de primera guerra asimétrica. Una guerra europea, con tropas de países tan lejos y no interesados en la contienda como por ejemplo Polonia, Westfalia o Nápoles, que en algunos casos casi pueden ser consideradas tropas mercenarias al servicio de la voluntad de poder de Napoleón.

Verá también como la guerra haya sido por este país el momento del pasaje del antiguo régimen a la época moderna, llevando consigo durante los dos siglos que acaban de terminar todas las contradicciones y los problemas que nacieron durante el proceso.

Finalmente, estas páginas podrán ofrecer una aportación también al lector español, diciéndole que los italianos que vinieron a España fueron un largo número, el segundo más grande entre todos los Imperiales, más de 50.000, de los cuales muy pocos volvieron a su casa. Y que estos autores, militares todos en el bando enemigo antes de ser historiadores, contaron con honestidad y hasta simpatía hacia los españoles las vicisitudes de la contienda, sin ahorrar alabanzas por el valor, el amor de patria y la terquedad demostrados por el pueblo enemigo, sobre todo por las personas de más baja y humilde condición.